

1.

Las familias y la Iglesia en el plan de Dios

1.1

El plan de Dios el Padre para Su familia eterna

1.1.1

La familia premortal de Dios

La familia es ordenada por Dios. Es la unidad más importante en esta vida y en la eternidad. Aun antes de nacer en la tierra éramos parte de una familia. Cada uno de nosotros “es un amado hijo o hija procreado como espíritu por padres celestiales” con “una naturaleza y un destino divinos” (“La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, octubre de 1998, pág. 25). Dios es nuestro Padre Celestial y vivimos en Su presencia como parte de Su familia en la vida premortal. Allí aprendimos nuestras primeras lecciones y se nos preparó para la vida mortal (véase D. y C. 138:56).

1.1.2

El propósito de la vida mortal

Debido al amor que Dios tiene por nosotros, Él preparó un plan que incluía venir a la Tierra, donde recibiríamos un cuerpo y seríamos probados a fin de que pudiéramos progresar y llegar a ser más como Él. A este plan se le llama “el plan de salvación” (Alma 24:14), “el gran plan de felicidad” (Alma 42:8) y “el plan de redención” (Alma 12:25; véanse también los versículos 26–33).

El propósito del Plan de Dios es conducirnos a la vida eterna. Dios ha dicho: “Esta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39). La vida eterna es el mayor de los dones de Dios para Sus hijos (véase D. y C. 14:7); es la exaltación en el grado más alto del reino celestial. Por medio del Plan de Salvación podemos recibir esta bendición de regresar a la presencia de Dios y recibir una plenitud de gozo.

1.1.3

La expiación de Jesucristo

Para lograr la exaltación en el Reino de Dios debemos superar dos obstáculos de la vida terrenal: la muerte y el pecado. Puesto que no podemos superar dichos obstáculos por nosotros mismos, nuestro Padre Celestial envió a Su Hijo Jesucristo, para ser nuestro Salvador y Redentor. El sacrificio expiatorio del Salvador hizo posible que todos los hijos de Dios vencieran la muerte física, resucitaran y recibieran la inmortalidad. La Expiación también hizo posible que quienes se arrepientan y sigan al Señor, venzan la muerte espiritual, regresen a la presencia de Dios para morar con Él y reciban la vida eterna (véase D. y C. 45:3–5).

1.1.4

La función de las familias en el plan de Dios

Nacer en una familia forma parte del plan de nuestro Padre Celestial. Él estableció las familias para traernos felicidad, para ayudarnos a aprender principios correctos en un ambiente amoroso y para prepararnos para la vida eterna.

Los padres tienen la responsabilidad esencial de ayudar a sus hijos a prepararse para regresar al Padre Celestial, y cumplen con dicha responsabilidad al enseñarles a seguir a Jesucristo y a vivir Su evangelio.

1.1.5

La función de la Iglesia

La Iglesia proporciona la organización y los medios para la enseñanza del evangelio de Jesucristo a todos los hijos de Dios. Proporciona la autoridad del sacerdocio para administrar las ordenanzas de

salvación y exaltación a todo el que sea digno y esté dispuesto a aceptarlas.

1.2

Regresar al Padre

1.2.1

El evangelio de Jesucristo

El Plan de Salvación es la plenitud del Evangelio. Abarca la Creación, la Caída, la expiación de Jesucristo y todas las leyes, ordenanzas y doctrinas del Evangelio. Proporciona el camino para que tengamos gozo en la vida mortal (véase 2 Nefi 2:25) así como la bendición de la vida eterna.

Por medio de la expiación de Jesucristo podemos ser limpios y santificados del pecado y prepararnos para entrar de nuevo en la presencia de nuestro Padre Eterno. Para recibir esta bendición, debemos seguir los principios y las ordenanzas del Evangelio (véase Artículos de Fe 1:3). Debemos:

1. Ejercer fe en el Señor Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios.
2. Volvernos a Dios mediante el arrepentimiento sincero, al tener un cambio en el corazón y al confesar y abandonar los pecados.
3. Recibir la ordenanza salvadora del bautismo para la remisión de los pecados.
4. Ser confirmados miembros de la Iglesia y recibir el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos.
5. Perseverar hasta el fin al honrar los convenios sagrados.

Estos principios se han enseñado desde la época de Adán. Al llegar a entender y creer en estas verdades y al obtener un testimonio firme de Jesucristo, nos esforzamos por obedecer Sus mandamientos y deseamos compartir nuestras bendiciones con nuestra familia y con las demás personas (véase 1 Nefi

8:9–37). Al fundamento seguro del testimonio le suceden de manera natural los demás elementos de la actividad en la Iglesia.

El crecimiento espiritual personal se lleva a cabo cuando nos acercamos a Dios por medio de la oración, del estudio de las Escrituras, de la reflexión y la obediencia. Nefi enseñó:

“Después de haber entrado en esta estrecha y angosta senda, quisiera preguntar si ya quedó hecho todo. He aquí, os digo que no; porque no habéis llegado hasta aquí sino por la palabra de Cristo, con fe inquebrantable en él, confiando íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar.

“Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna” (2 Nefi 31:19–20).

Cada uno de nosotros es responsable ante Dios de aprender y guardar Sus mandamientos, y de vivir el Evangelio. Seremos juzgados de acuerdo con nuestras obras, los deseos de nuestro corazón y la clase de personas que hayamos llegado a ser. Al volvernos verdaderos seguidores de Jesucristo experimentamos un poderoso cambio en el corazón y “ya no tenemos más disposición a obrar mal” (Mosíah 5:2; véase también Alma 5:12–15; Moroni 10:32–33). Al vivir el evangelio de Jesucristo, crecemos línea por línea y llegamos a ser más como el Salvador al amar y servir a los demás.

1.2.2

La función de los líderes y de los maestros de la Iglesia

Los líderes y los maestros del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares se esfuerzan por ayudar a las personas a llegar a ser verdaderos seguidores de Jesucristo (véase Mosíah 18:18–30). A fin de ayudar a las personas y a las familias en esta labor, ellos:

1. Enseñan las doctrinas puras del evangelio de Jesucristo y testifican de ellas.
2. Fortalecen a las personas y a las familias en sus esfuerzos por guardar sus convenios sagrados.
3. Brindan consejo, apoyo y oportunidades de prestar servicio.

Además, ciertos líderes del sacerdocio tienen la autoridad para supervisar cuando la ejecución las ordenanzas salvadoras del sacerdocio.

1.3

Establecer familias eternas

La familia ocupa un lugar fundamental en el plan de Dios, el cual proporciona el medio para que las relaciones familiares se extiendan más allá de la tumba. Observar fielmente, las sagradas ordenanzas y los convenios del templo nos ayudan a regresar a la presencia de Dios unidos eternamente con nuestra familia.

1.3.1

Esposo y esposa

La exaltación en el más alto grado del reino celestial que solo la pueden alcanzar aquellos que hayan vivido fielmente el evangelio de Jesucristo y estén sellados como compañeros eternos.

El sellamiento de un esposo y una esposa por tiempo y eternidad mediante la autoridad del sacerdocio — también conocido como matrimonio en el templo— es un privilegio y una obligación sagrados que todos debieran esforzarse por recibir. Constituye el fundamento de una familia eterna.

La naturaleza masculina y femenina de los espíritus es tal que se complementan el uno al otro. Se ha dispuesto que el hombre y la mujer progresen juntos hacia la exaltación.

El Señor ha mandado al esposo y a la esposa allegarse el uno al otro (véanse Génesis 2:24; D. y C. 42:22). En este mandamiento, la palabra *allegarse* significa dedicarse a alguien por entero y con absoluta fidelidad. Las parejas casadas se allegan a Dios y entre sí al servirse y amarse mutuamente, y al guardar convenios con absoluta fidelidad el uno para con el otro y para con Dios (véase D. y C. 25:13).

Un matrimonio ha de llegar a ser uno al establecer su familia como la base de una vida recta. Los esposos y las esposas Santos de los Últimos Días dejan atrás su vida de solteros y establecen su matrimonio como la prioridad principal de sus vidas. No permiten que ninguna otra persona ni interés tenga mayor prioridad en sus vidas que el guardar los convenios que han hecho con Dios y entre sí. No obstante, los matrimonios siguen amando y apoyando a sus padres y hermanos, al mismo tiempo que se concentran en su propia familia. Del mismo modo, los padres sabios se dan cuenta de que sus responsabilidades familiares perduran a lo largo de la vida en un espíritu de amor y aliento.

El ser uno en el matrimonio requiere una plena asociación. Por ejemplo, Adán y Eva trabajaron juntos, oraron y adoraron juntos, se sacrificaron juntos, enseñaron juntos el Evangelio a sus hijos y juntos lamentaron la pérdida de hijos descarriados (véase Moisés 5:1, 4, 12, 27). Estaban unidos el uno al otro, y a Dios.

1.3.2

Padres e hijos

“El primer mandamiento que Dios les dio a Adán y a Eva se relacionaba con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. . . el mandamiento de Dios para Sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece en vigor” (“La Familia: Una Proclamación para el Mundo”). Por designio divino, tanto el hombre como la mujer son esenciales para traer hijos a la vida mortal y proporcionar el mejor ambiente para criarlos y educarlos.

La total abstinencia sexual antes del matrimonio y la absoluta fidelidad dentro del matrimonio protegen la santidad de esta sagrada responsabilidad. Los padres y los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares deben hacer todo lo posible por reafirmar esta enseñanza.

En cuanto a la función de los padres y las madres, los líderes de la Iglesia han enseñado: “El padre debe presidir la familia con amor y rectitud y es responsable de proveer las cosas necesarias de la vida para su familia y de proporcionarle protección. La madre es principalmente responsable del cuidado de sus hijos. En estas sagradas responsabilidades, el padre y la madre, como compañeros iguales, están obligados a ayudarse el uno al otro” (“La familia: Una proclamación para el Mundo”). Si no hay un padre en el hogar, la madre preside la familia.

Los padres tienen la responsabilidad divinamente señalada de “criar a sus hijos con amor y rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, y de enseñarles a amarse y a servirse el uno al otro, a observar los mandamientos de Dios y a ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan” (“La familia: Una proclamación para el Mundo”; véase también Mosiah 4:14–15).

Los padres sabios enseñan a sus hijos a aplicar el poder sanador, reconciliador y fortalecedor de la Expiación en su familia. Así como el pecado, las debilidades terrenales, el dolor emocional y la ira son estados que alejan a los hijos de Dios de Él, esas mismas condiciones pueden distanciar a los integrantes de una familia. Cada miembro de la familia tiene la responsabilidad de esforzarse por alcanzar la unidad familiar. A los hijos que aprendan a esforzarse por lograr la unidad en el hogar les resultará más sencillo hacerlo fuera de él.

1.3.3

Miembros solteros de la Iglesia

Todos los miembros, aun cuando nunca se hayan casado ni tengan familia dentro de la Iglesia, deben

esforzarse por lograr el ideal de vivir en una familia eterna. Eso significa prepararse para llegar a ser cónyuges dignos y padres o madres amorosos. En algunos casos, estas bendiciones no se cumplirán hasta la vida venidera, pero la meta máxima es la misma para todos.

Los miembros fieles cuyas circunstancias no les permitan recibir las bendiciones del matrimonio eterno y de la paternidad en esta vida recibirán todas las bendiciones prometidas en las eternidades, siempre y cuando guarden los convenios que hayan hecho con Dios.

1.4

El hogar y la Iglesia

En las enseñanzas y prácticas del Evangelio restaurado, la familia y la Iglesia se ayudan y se fortalecen mutuamente. A fin de merecer las bendiciones de la vida eterna, es necesario que las familias aprendan las doctrinas y reciban las ordenanzas del sacerdocio que están disponibles únicamente por medio de la Iglesia. Para ser una organización fuerte y vital, la Iglesia necesita familias rectas.

Dios ha revelado un modelo de progreso espiritual para las personas y las familias mediante ordenanzas, enseñanzas, programas y actividades que se centran en el hogar y cuentan con el apoyo de la Iglesia. Las organizaciones y los programas de la Iglesia existen para bendecir a las personas y a las familias, y no son un fin en sí mismos. Los líderes y los maestros del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares tratan de ayudar a los padres, no de sustituirlos ni reemplazarlos.

Los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares deben poner todo su empeño en fortalecer el carácter sagrado del hogar, asegurándose de que todas las actividades de la Iglesia den apoyo a las personas y a las familias. Los líderes de la Iglesia deben tener cuidado de no abrumar a las familias con demasiadas responsabilidades en la Iglesia. Los padres y los líderes de la Iglesia trabajan juntos para

ayudar a las personas y a las familias a regresar a nuestro Padre Celestial al seguir a Jesucristo.

1.4.1

Fortalecer el hogar

Se invita a los seguidores de Cristo a que “se congreguen”, a “[estar] en lugares santos y no [ser] movidos” (véanse D. y C. 45:32; 87:8; 101:22; véanse también 2 Crónicas 35:5; Mateo 24:15). Estos lugares santos incluyen los templos, los hogares y las capillas. Lo que hace que estas estructuras físicas sean “lugares santos” es la presencia del Espíritu y la conducta de quienes están en ellas.

Dondequiera que vivan los miembros de la Iglesia, deben establecer un hogar en el que esté presente el Espíritu. Todos los miembros de la Iglesia pueden esforzarse por asegurarse de que su lugar de residencia proporcione un santuario donde resguardarse del mundo. Todo hogar de la Iglesia, sea grande o pequeño, puede ser “una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de orden, una casa de Dios” (D. y C. 88:119). Los miembros de la Iglesia pueden invitar al Espíritu a sus hogares mediante actos sencillos como las actividades recreativas edificantes, la buena música y las obras de arte inspiradoras (por ejemplo, un cuadro del Salvador o de un templo).

Un hogar con padres amorosos y leales es el ambiente que mejor satisface las necesidades espirituales y físicas de los hijos. Un hogar centrado en Cristo ofrece a los adultos y a los niños un lugar de defensa contra el pecado, un refugio del mundo, alivio del dolor emocional o de otra índole, así como un amor abnegado y genuino.

Siempre se ha mandado a los padres criar a sus hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4; Enós 1:1) y “en la luz y la verdad” (D. y C. 93:40). La Primera Presidencia declaró:

“Hacemos un llamado a los padres para que dediquen sus mejores esfuerzos a la enseñanza y crianza

de sus hijos con respecto a los principios del Evangelio, lo que los mantendrá cerca de la Iglesia. El hogar es el fundamento de una vida recta y ningún otro medio puede ocupar su lugar ni cumplir sus funciones esenciales en el cumplimiento de las responsabilidades que Dios les ha dado.

“Aconsejamos a los padres y a los hijos dar una prioridad predominante a la oración familiar, a la noche de hogar para la familia, al estudio y a la instrucción del Evangelio, y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinamente asignados que solo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada” (carta de la Primera Presidencia, 11 de febrero de 1999).

Los padres tienen la responsabilidad primordial de ayudar a sus hijos a conocer a nuestro Padre Celestial y a Su Hijo, Jesucristo (véase Juan 17:3). Se ha mandado a los padres y a las madres santos de los últimos días enseñar a sus hijos las doctrinas, las ordenanzas y los convenios del evangelio, así como a vivir en rectitud (véase D. y C. 68:25–28). Los hijos a quienes se cría y se educa de esa manera estarán más preparados a la edad adecuada para recibir las ordenanzas del sacerdocio, hacer convenios con Dios y cumplirlos.

El fortalecimiento de las personas y las familias es el objetivo de la ministración (véase D. y C. 20:47, 51) y de los programas inspirados de la Iglesia tales como la noche de hogar. Como en todas las cosas, Jesús dio el ejemplo al ir a los hogares a cuidar y velar, a enseñar y bendecir (véanse Mateo 8:14–15; 9:10–13; 26:6; Marcos 5:35–43; Lucas 10:38–42; 19:1–9).

1.4.2

Noche de hogar para la familia

Los profetas de los últimos días han aconsejado a los padres efectuar una noche de hogar para la familia cada semana a fin de enseñar el Evangelio a sus hijos, dar testimonio de su veracidad y fortalecer

la unidad familiar. Los líderes de estaca y de barrio deben conservar los lunes por la noche libres de toda reunión y actividad de la Iglesia a fin de que se puedan realizar las noches de hogar para la familia.

La noche de hogar para la familia puede incluir la oración familiar, enseñanza del Evangelio, compartir testimonios, himnos y canciones de la Primaria, y actividades recreativas edificantes. (Para información sobre cómo utilizar la música en el hogar, véase 14.8.) Como parte de la noche de hogar para la familia, o por separado, los padres también pueden realizar de manera periódica un consejo familiar para fijar metas, resolver problemas, coordinar horarios y dar apoyo y fortaleza a los miembros de la familia.

La noche de hogar es un tiempo familiar sagrado y privado bajo la dirección de los padres. Los líderes del sacerdocio no deben dar indicaciones acerca de lo que las familias deben hacer durante ese tiempo.

1.4.3

Fortalecer a las personas

Los líderes de la Iglesia deben prestar especial atención a las personas que por el momento no disfrutan del apoyo de una familia con miembros fuertes de la Iglesia. Tales personas podrían ser niños o jóvenes cuyos padres no son miembros de la Iglesia, personas con familias en las que no todos pertenecen a la Iglesia, o adultos solteros de cualquier edad. Ellos son miembros de la familia eterna de Dios por convenio, a quienes Él ama profundamente. A esas personas se les debe dar oportunidades de prestar servicio en la Iglesia. La Iglesia puede proporcionar una sociabilidad y un hermanamiento edificantes que esos miembros no encontrarán en ningún otro lugar.

Cada miembro de la Iglesia es tan valioso como cualquier otro. El plan eterno de Dios dispone que todos Sus hijos fieles reciban toda bendición de la vida eterna, exaltados para siempre como familias.